

## RETOS PARA LA VIDA CONSAGRADA EN TANGER, AQUÍ Y AHORA

Cuando me pidieron desde la Delegación de la Vida Consagrada, que ahora concluye su servicio a la diócesis, que tuviera con vosotros este retiro, me sugirieron como tema "**Retos para la vida consagrada en la diócesis de Tánger, aquí y ahora**"; enseguida me vinieron a la mente un gran número de retos: *Intensificar la comunión intercongregacional, ayudarnos en nuestra fragilidad estructural, potenciar la formación cristiana de los jóvenes y los adultos; abrir nuevas puertas a la evangelización, dar una respuesta más dinámica al drama de los niños y jóvenes en riesgo grave de exclusión, acrecentar los cauces de diálogo ecuménico e interreligioso...* Pero, tras darle muchas vueltas, he pensado no hablaros de nada de eso, sino ir a lo que entiendo son las raíces de lo que, con independencia de los diferentes carismas, es el núcleo de la Vida consagrada; un núcleo que si se desdibuja o debilita, hace que nuestra forma de vida en la Iglesia pierda sentido y dejemos de ser "sal de la tierra y luz del mundo", llamados a salar y a iluminar con los tonos propios de la consagración a Dios de la totalidad de la existencia, en este sentido, estoy convencido de que este es hoy el gran reto para la Vida consagrada; si esto no lo resituamos adecuadamente, no estaremos en condiciones de afrontar ninguno de los múltiples retos que nos encontramos al hilo de lo cotidiano.

No sé si acertaré con las palabras que me ayuden a compartir con vosotros lo que pienso, pero al menos voy a intentarlo.

Para cualquier persona que haya experimentado el enamoramiento en la juventud, esa experiencia es un tesoro que ayuda a cimentar con firmeza la vida adulta. En el caso de los consagrados y consagradas de nuestra diócesis, todos adultos y algunos "superadultos", es fuente de consuelo y esperanza, en los momentos de oscuridad, cansancio y fragilidad, poder remitirnos al amor sponsal de Dios experimentado en la juventud, ese que se encuentra en el fundamento de nuestra llamada y respuesta vocacional.

Así lo vivieron todos nuestros Fundadores y Fundadoras y los hermanos y hermanas de la primera hora que sellaron una alianza con el Señor para hacerlo presente entre los más débiles, sean niños, enfermos, marginados de cualquier tipo.... Del mismo modo, nosotros queremos hoy seguir asumiendo y renovando con todo el corazón la propia llamada vocacional.

A los consagrados de cualquier época y lugar, a todos y cada uno de nosotros, se nos pide "Hoy" enraizar la propia vida en el Señor para vivir como pertenencia suya con un amor renovado. A todos se nos pide "**vivir con el corazón vuelto al Señor**".

La adultez de la fe pascual, que es siempre don del Espíritu, nos sigue pidiendo avanzar cada día en un proceso ininterrumpido que nos lleve a purificar nuestra

imagen de Dios, a sustituir al Jesús de nuestras conveniencias y nuestros planteamiento ideológicos por el Señor de la Vida, que se transparenta en las páginas del Evangelio. Los discípulos de Emaús tuvieron que recorrer este camino para salir de sus desalientos y frustraciones y poder volver a la pertenencia comunitaria (Lc 24, 13-35). Pero, no seamos ingenuos, esto no es fácil ni se da sin esfuerzo personal (ascesis). Para esto es preciso

- profundizar en el conocimiento del Señor,
- crecer en su amor compartiendo con Él casa y pan,
- y manifestarlo en el testimonio convocante y solidario de la vida fraterna en comunidad.

De aquí va a brotar el abanico multiforme de las obras con las que, desde las comunidades y parroquias sembramos en la diócesis de Tánger vida y esperanza en muchas personas que reciben de nosotros “razones para la esperanza”.

La renovación personal y comunitaria de los consagrados y consagradas en la diócesis tiene su raíz más profunda en el empeño por “**volver el corazón al Señor y no anteponer absolutamente nada a su amor**”; es fundamental enraizarnos cada vez más en su pertenencia, creciendo en el conocimiento, en el amor y en la manifestación de Jesús.

## I. CONOCER A JESÚS Y VIVIR EL EVANGELIO

Es significativo que todos nuestros Fundadores y Fundadoras a pesar de su carisma propio, han encontrado en el Evangelio (la palabra y la vida de Jesús = Jesús mismo) la fuente común de su inspiración. Frecuentemente un mismo pasaje evangélico ha sido foco de luz que ha iluminado senderos, aparentemente tan diversos como la vida contemplativa, el servicio a los pobres, la misión “ad gentes”, la educación de la infancia y juventud o la atención a los ancianos y marginados, y un sinnúmero de vocaciones, todas ellas surgidas al calor del Espíritu Santo y, por lo mismo, dotadas de inmenso valor.

Y así como el Evangelio ha sido para ellos y ellas el punto de partida, también debe ser el espejo donde confrontar “HOY” nuestras actitudes. Es aquello a lo que nos invita el Concilio Vaticano II cuando nos pide “**ir a las fuentes**” (cf. PC 2). Si quisiéramos sintetizar en qué consiste ese retorno a lo esencial de la vida evangélica, podríamos decir que se trata de **vivir la radicalidad del Evangelio**. Beber ese agua pura y cristalina, agua nítida, sin nada que la contamine. Ésa es la fuente pura de la que brota el manantial de nuestra vida y vocación.

La común vocación bautismal pide a todos los cristianos trazar el propio proyecto de vida según el modelo de Cristo en el Evangelio, que se resume, especialmente, en el pasaje de las bienaventuranzas; La vida consagrada se

presenta aquí como una forma peculiarmente intensa de imitar las actitudes de Cristo y llegar a ser lo más plenamente posible pobres, humildes, justos compasivos, pacíficos, limpios de corazón.

Los evangelios ofrecen una rica presentación de Jesús que nos abre grandes posibilidades en el camino de su seguimiento e imitación... Lógicamente no basta una imitación entendida como algo externo; para ser auténticos discípulos hay que **pasar de la imitación a la identificación, de la identificación a la incorporación y de la incorporación a la cristificación**. Hemos de estar atentos y aprovechar cualquier oportunidad para descubrir el rostro de Cristo, hasta llegar a una cristificación, lo más completa posible, de nuestro ser personal y comunitario.

Jesús *“pasó por el mundo haciendo el bien y sanando a los oprimidos por el diablo”* (Hch 10,38), o cómo dice la Plegaria Eucarística IV, *“anunció la salvación a los pobres, la liberación a los oprimidos y a los afligidos el consuelo”*. ¿No es éste el programa que los consagrados y consagradas intentamos realizar en la diócesis, con independencia del Instituto al que pertenecemos? Viviremos auténticamente nuestra consagración en la medida en que, con nuestra vida damos una respuesta coherente a esta invitación del Señor. Nuestros hermanos nos la piden y se lo merecen.

La fuerza necesaria para vivir así la encontraremos en nuestra comunión con el Misterio pascual de Cristo, adentrándonos en su muerte y resurrección. Llegaremos a ser verdaderos discípulos cuando podamos repetir con el apóstol San Pablo: *“Vivo yo, pero no soy yo, es Cristo quien vive en mí”* (Gal 2,20).

El conocimiento de Jesús, lo sabemos bien, no es primordialmente resultado de nuestro esfuerzo intelectual -aunque lo requiera-, es fruto de la acción del Espíritu (Jn 14,26; 16,13-15)<sup>1</sup>. El Espíritu que obró la encarnación del Verbo, es quien hoy hace carne la Palabra en el seno de nuestras comunidades y de la Iglesia diocesana.

Conocer a Jesús, desvelar su verdadero rostro en nuestra vida es un don del Padre (cf. Jn 6,43-44)<sup>2</sup>. Es necesario pedir cada día en la **oración** el conocimiento del Señor. Es necesario cultivar la **meditación de la Palabra** y ahondar en el **discernimiento espiritual** de la historia y sus acontecimientos, caminando con corazón peregrino hacia el cumplimiento de la voluntad del Señor.

**Oración, meditación de la Palabra y discernimiento en el Espíritu**, son para los consagrados y consagradas tareas fundamentales si queremos vivir y crecer en el conocimiento de Jesús. Quizás, al atardecer de la vida, cuando *“nos examinarán sobre el amor”* (cf. S. Juan de la Cruz), sintamos el reproche cariñoso de Jesús que,

---

<sup>1</sup> “En adelante, el Defensor que el Padre os enviará en mi nombre os enseñará todas las cosas y os recordará todas mis palabras” (Jn 14,26).

“Cuando venga el Espíritu de la verdad, os introducirá a la verdad total; no vendrá con un mensaje propio sino que dirá lo que ha escuchado y os anunciará las cosas futuras. Me glorificará porque recibirá de lo mío para revelároslo a vosotros. Todo lo que tiene el Padre también es mío. Por eso he dicho que recibirá de lo mío para anunciároslo” (Jn16, 13-15).

<sup>2</sup> “Jesús respondió: «No murmuréis entre vosotros. Nadie puede venir a mí si no lo atare el Padre que me envió; y yo lo resucitaré en el último día» (Jn 6,43-44).

como a Felipe, nos interroga: “*¿Tanto tiempo hace que estoy con vosotros y todavía no me conoces?*” (Jn 14,8). Pero si el Señor se ha ido convirtiendo, a lo largo de los años, en nuestro “*camino, verdad y vida*” (Jn 14,16), tendremos la señal inequívoca de que hemos crecido en su conocimiento.

**Conocimiento para mayor amor y amor para mayor conocimiento.** ¡He aquí la experiencia que atraviesa nuestra vida de consagrados en el seguimiento de cada día!

## II. CENTRADOS EN CRISTO

La búsqueda del rostro de Cristo es la tarea principal de quienes seguimos al Señor en la vida consagrada. Cada uno de nosotros somos, ante todo, unos cristianos que en un momento determinado de nuestra historia personal nos hemos percatado claramente de que Dios es en verdad lo más importante, hasta el punto de hacer de nuestra vida una búsqueda constante de su rostro. Es precisamente para seguir la llamada de Cristo, que los consagrados y consagradas aceptamos hacernos **obedientes y desapropiados, y célibes** participando auténticamente de la *kénosis* de Jesucristo.

Nuestra consagración a Dios ha sido una ofrenda sobre el altar, unida al sacrificio de Cristo. En la eucaristía de cada día podemos y debemos reestrenar nuestro “sí”, renovando y actualizando nuestro “fiat” del bautismo y de nuestra consagración, no importan los años que hayan pasado. El día en que dijimos “sí” en lo profundo de nuestro ser por la profesión, Jesucristo lo dijo también con nosotros y el sigue ratificándolo hoy, por eso, podemos reestrenarlo cada mañana.

Se entiende así que la vida consagrada sea profundamente cristocéntrica. Por la profesión nos comprometemos a “**no anteponer absolutamente nada a Cristo**” (Regla de san Benito, c. LXXII). El adverbio “**absolutamente**” tiene aquí una fuerza especial; está cerrando, de hecho, cualquier posibilidad de atenuación o prioridad. El amor de Cristo nos pide una respuesta total.

## III. ¿CÓMO ENTENDER LA RADICALIDAD?

Pero, ¿qué significa no anteponer nada al amor de Cristo? Significa que se trata de un amor incondicional. Muy bien lo dice San Francisco de Asís a los hermanos menores: “*Nada de vosotros retengáis para vosotros mismos para que enteros os reciba el que todo entero se os entrega*”<sup>3</sup>, y también Santa Clara a sus hermanas: “*Ama totalmente a quien totalmente se entregó por tu amor*”<sup>4</sup> Se trata de un amor genuino, vivido de manera absoluta, sin condiciones ni reservas, que no

---

<sup>3</sup> CtaO 29.

<sup>4</sup> 3CtaCl 15.

admite excepciones; es un **amor para siempre y total, que no consiente limitaciones o restricciones, que nos lo pide y exige absolutamente todo... porque él vale más que todo.**

En un amor de este tipo nada puede disentir; hay que procurar que sensaciones, deseos, ilusiones... todo, absolutamente todo esté en armonía plena con el absoluto de ese amor.

Esta convicción hace que las nimiedades y pequeñeces de la vida cotidiana no sean un escollo para avanzar por el camino de la vida consagrada. Los consagrados y consagradas sabemos muy bien que no hemos de anteponer cosa alguna al amor y por eso vamos directos a lo esencial. Quien busca de verdad a Dios, su Reino y su Justicia, rehúsa pararse hasta que encuentra la perla escondida y preciosa de la presencia de Dios. Lo demás ya no cuenta para él. Lo sabe por experiencia.

No anteponer absolutamente nada a Cristo. Y nada ¿qué es? ¡Pues eso, nada!, ni un afecto, ni una afición, ni un trabajo. ¡Nada! Paradójicamente, si esa nada es radical tiene su anverso. Así lo han entendido y lo han cantado grandes místicos como Santa Teresa de Jesús:

**“Nada te turbe,  
nada te espante.  
Quien a Dios tiene  
nada le falta...  
Sólo Dios basta”**

Los consagrados lo damos todo y nos quedamos sin nada, con un vacío interior que hace experimentar en lo más profundo la verdad de la POBREZA. Esa carencia nos descubre tal y como somos, sin rodeos y sin excusas; es una experiencia terrible, pero es también el momento en el que Dios nos puede llenar. Consagrada es aquella persona que lo ha dejado todo, sabiendo que lo recibirá todo transfigurado; abandona incluso sus deseos más legítimos para hacer sólo la voluntad del Señor.

Se trata, sin embargo, como en todo lo cristiano, de una radicalidad que ha de ser vivida con amor y desde el amor. Resuenan aquí las palabras de San Juan de la Cruz: **“el alma anda en amor, ni cansa ni se cansa”** (Dichos de luz y Amor 96).

#### **IV. HAY QUE DAR TIEMPO A DIOS**

Quien se propone realizar en sí mismo este proyecto de vida, descubre muy pronto que es necesaria una intensa vida espiritual, para que el Señor lleve a buen término un propósito de esta envergadura.

La tradición de la Iglesia sigue proponiendo hoy dos medios fundamentales para el conocimiento (afectivo y efectivo) del Señor Jesucristo: **la familiaridad con la Palabra y la oración personal.**

## La familiaridad con la Palabra de Dios y la oración

Acercarse con corazón creyente a la Palabra de Dios es una tarea espiritual, ya que la Palabra es simultáneamente en la Iglesia **instrumento y fruto del Espíritu Santo**.

La fe de cristiana y nuestra vida de consagración al Dios del Reino y al Reino de Dios que Jesús viene a instaurar no puede subsistir sin alimentarla permanentemente mediante una familiaridad con la Palabra que reviste la forma del estudio, pero no únicamente un estudio de corte académico, que también:

- El estudio implica, es verdad, una tarea intelectual de lectura atenta y reflexiva que debemos cultivar lo más intensamente posible pero, en el caso de la Palabra de Dios, tiene también una dimensión afectivo-volitiva. Se refiere al deseo de encuentro que mueve al creyente a bucear con el corazón en la Palabra, buscando en ella al Señor, que se nos sigue comunicando hoy con amor de Hermano.

El estudio de la Palabra, que adquiere la forma de **“lectura orante”** (la *lectio divina* que hemos recibido como herencia preciosa de la tradición monástica y hunde sus raíces en el culto hebreo sinagogal) nos lleva al conocimiento sapiencial de Jesús, y eso es siempre tarea del Espíritu (**tarea espiritual**). A la luz del Espíritu el estudio se convierte en una experiencia de cercanía, claridad y certezas sobre el Señor y su designio de salvación. El conocimiento bíblico es encuentro y comunión amorosa; de este modo el estudio prepara el corazón para la comunión amorosa.

Junto con la centralidad de la Palabra de Dios en nuestra vida, es fundamental la **oración personal**, entendida como ámbito (hecho de tiempo y ejercicio) donde el corazón asimila la Palabra estudiada, la refiere a la vida, se ejercita en el deseo de encuentro y comunión y pide al Espíritu luz y gracia.

El conocimiento de Jesús es un don del Espíritu (Jn 14,26 y 15,26)<sup>5</sup>. Tenemos que orar con humildad para desear y pedir este conocimiento. Porque quien conoce a Jesús conoce al Padre (Jn 14,9-12)<sup>6</sup> y quien conoce al Padre vive en la luz y en el amor (Jn 14,10-23)<sup>7</sup>.

---

<sup>5</sup> “En adelante, el Defensor que el Padre os enviará en mi nombre os enseñará todas las cosas y os recordará todas mis palabras” (Jn 14,26).

“Cuando venga el defensor que yo os enviaré, el Espíritu de la verdad que procede del Padre, él dará testimonio de mí” (Jn 15,26).

<sup>6</sup> ...Felipe... el que me ha visto a mí ha visto al Padre. ¿Cómo, pues, dices «Muéstranos al Padre»? ¿No crees que yo estoy en el Padre y el Padre está en mí? (Jn 14,9-12).

<sup>7</sup> “En aquel día comprenderéis que yo estoy en mi Padre, y que vosotros estáis en mí y yo en vosotros. El que conoce mis mandamientos y los guarda, ése es el que me ama; y al que me ama a mí, lo amará mi Padre y yo también lo amaré y me mostraré a él...Si alguien me ama, guardará mis palabras, y mi Padre lo amará y vendremos a él para hacer nuestra morada en él” (Jn 14,20-23)

En última medida no somos nosotros quienes oramos. Es **el Espíritu quien ora en nosotros “con gemidos inefables”** orientando nuestro corazón hacia la búsqueda y el encuentro con el Padre (Rm 8,14-16.26-28)<sup>8</sup>. En el conocimiento de Jesús descubrimos el rostro y el corazón del Padre. Y en el Padre descubrimos nuestra identidad y nuestra herencia de hijos.

Hay que vivirlo todo, pues, en un clima de plegaria. Hay que dar tiempo a Dios en la oración personal y en la Lectio divina. Cuidar las celebraciones litúrgicas que nos llevan directamente a una experiencia de Dios y que pueden transformar el clima de nuestras comunidades. Sabiendo que Dios no escucha nuestros labios sino, nuestro corazón. Y que se complace más en una palabra o en una mirada que brotan del amor, que en una larguísima letanía que no reposa sobre un corazón amante.

El encuentro con la Palabra de Dios y la oración personal y comunitaria necesitan la praxis para fraguar en experiencia. La praxis del conocimiento de Jesús profundizado en la oración es el amor, vivido en el servicio fraterno. Así, podemos afirmar que **el amor es el catalizador de la vida cristiana** y, por lo mismo y con una intensidad particular, **lo es también de nuestra vida consagrada**.

### **El amor en el núcleo de la vida consagrada**

Mi experiencia de más de cuarenta años como franciscano me permite afirmar que en el amor se encuentra el corazón de la vida consagrada, como sucede también en toda relación humana. Donde hay amor todo se resuelve, sin amor, lo fácil resulta difícil. Para entrar en la vida consagrada es importante que quien lo desea haya sentido, aunque sea una sola vez, los latidos de su corazón lleno de amor<sup>9</sup>.

Al ritmo de lo cotidiano, en la hora de sobremesa –en la comunidad eucarística y doméstica– somos examinados, como Pedro, sobre nuestro amor al Señor: **“¿...Me amas más que estos?” (Jn 21,15).**

---

<sup>8</sup> “Pues todos aquellos a los que conduce el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios.

Vosotros no recibisteis un espíritu de esclavos para volver al temor, sino que recibisteis el Espíritu que os hace hijos adoptivos y que os mueve a exclamar: «Abba, Padre». El mismo Espíritu asegura a nuestro espíritu que somos hijos de Dios” (Rm 8,14-16).

“Además el Espíritu nos viene a socorrer en nuestra debilidad; porque nosotros no sabemos qué pedir ni cómo pedir en nuestras oraciones. Pero el propio Espíritu ruega por nosotros, con gemidos y súplicas que no se pueden expresar. Y Dios penetra los secretos del corazón (Jer 11,20), escucha los anhelos del Espíritu, porque cuando el Espíritu ruega por los santos lo hace según la manera de Dios (Rm 8,26-28). También sabemos que Dios dispone todas las cosas para el bien de los que lo aman, a los que él ha llamado según su voluntad. (Rm 14,26-28)

<sup>9</sup> Cuenta Matta el Meskin: “No pongo ninguna condición al que pide entrar en el monasterio: simplemente le pregunto: ¿amas al Señor? Si me responde “sí”, le hago otra pregunta: ¿has experimentado alguna vez que Jesús te ama? Si me responde también afirmativamente, entonces ¡adelante! Pues es el amor del Señor el que nos une y conduce día a día”.

## El amor al Señor Jesús

Aquí se encuentra la gran apuesta de nuestra vocación: el amor creciente al Señor Jesús. El conocimiento del Señor, fruto de la acción del Espíritu, produce **admiración y convergencia amorosa** en nuestro corazón.

- **Admiración** por su persona y por el amor de predilección con que Él nos amó y nos ama antes de que nosotros podamos corresponder y merecerlo.
- **Convergencia** amorosa como necesidad de responder agradecidos a su entrega y a su don.

Él nos amó primero y nos pide aquí y ahora: **“Amaos unos a otros como yo os he amado”** (Jn 15,12).

- Nos amó con el mismo amor con que él es amado por el Padre (Jn 15,9)<sup>10</sup>.
- Nos amó entregando su vida por nosotros (Jn 15,13)<sup>11</sup>.
- Nos amó con amor solidario y misericordioso, con amor samaritano, con amor de amistad y de elección (Jn 15,13.16)<sup>12</sup>.
- Nos amó con palabras y con obras, recorriendo con nosotros caminos peregrinos, compartiendo casa, barca y mesa, haciéndose siervo.
- Nos amó hasta el extremo (Jn 13.1)<sup>13</sup>, lavando nuestros pies y haciéndose pan de eucaristía.
- Nos amó extendiendo sus brazos en la cruz, a corazón abierto.
- Nos amó permanentemente, arrebatando hacia el Padre nuestras vidas con su nueva vida resucitada.

Desde la vivencia enamorada de su amor, proclamamos juntos su señorío sobre nuestra comunidad y sobre nuestro corazón.

A tan infinito y divino amor, hemos de responder humildes y agradecidos. **“¡Señor mío y Dios mío!”** (Jn 20,28). En Jesús el Padre nos ha mostrado su amor (1Jn 3,1; Tit 3,4)<sup>14</sup>. Pero ¿cómo podemos nosotros acceder y crecer en el amor a nuestro Señor? Ya hemos hablado de **la familiaridad con la Palabra de Dios y la oración**; ahora podemos añadir **el amor fraterno y la misericordia**.

---

<sup>10</sup> “Yo os he amado el Padre me ama a mí: permaneced en mi amor (Jn 15,9).

<sup>11</sup> “No hay amor más grande que dar la vida por los amigos” (Jn 15,13).

<sup>12</sup> “No hay amor más grande que dar la vida por los amigos... No me escogisteis vosotros a mí. Fui yo quien os escogí a vosotros y os puse para que produzáis fruto, y ese fruto permanezca. Entonces todo lo que pidáis al Padre en mi nombre os lo dará” (Jn 15,13.16).

<sup>13</sup> “Antes de la fiesta de la Pascua, sabiendo Jesús que había llegado la hora de salir de este mundo para ir al Padre, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo (Jn 13.1).

<sup>14</sup> “Ved que amor singular nos tenido el Padre: que no solamente nos llamamos hijos de Dios, sino que lo somos” (Jn 3,1).

“...Pero se manifestó la bondad de Dios, salvador nuestro, y su amor por los hombres” (Tit3.4).



## El amor fraterno

Del amor a Dios Padre en Jesús por el Espíritu, surge y crece el amor fraterno como efecto y signo de nuestra común pertenencia al Señor. Jesús, en su pascua, nos hace Cuerpo suyo. De este modo, todos y cada uno de los discípulos pertenecemos al Cuerpo de Cristo y a la familia de Dios (1Cor 12,12ss)<sup>15</sup>, por eso podemos percibir al Señor presente en cada hermano y hermana. La comunicación y el servicio fraterno, al interior de nuestras comunidades y en la misión evangelizadora, brotan de la única y común referencia a Nuestro Señor Jesucristo.

Así el amor fraterno es encarnación y signo del común amor a Jesús. (1Jn 2,5.10)<sup>16</sup>. *“Sabemos que hemos pasado de la muerte a la vida porque amamos a los hermanos” (1Jn 3,14). “...Él dio su vida por nosotros, y en esto hemos conocido el amor; así también nosotros debemos dar la vida por nuestros hermanos” (1Jn 3,16).*

Es muy importante en la vida consagrada **recuperar permanentemente a cada hermano o hermana de la propia comunidad como sacramento de Jesús**. Así nuestra pertenencia comunitaria se fundamentará no sólo en la vocación como proyecto de vida, sino también en la fidelidad al Señor expresada en la fidelidad a los propios hermanos.

- Por la muerte y resurrección de Jesús, Dios nos ha convertido en familia suya (Ef 2,19)<sup>17</sup>.
- Por Jesús, Dios nos ha dado hermanos y hermanas.
- De su costado abierto nacimos como comunidad y, por su Espíritu, hemos sido indisolublemente vinculados a Él y en Él.

Recuperar pues en la comunidad al hermano o hermana, significa descubrirlo y asumirlo desde y en el amor de Jesús. El Señor mismo nos ha enseñado a amarnos como hermanos (1Tes 4,9)<sup>18</sup>. En este amor fraterno manifestamos que Él está presente en nosotros como único Amor absoluto y como único Señor (Jn 13,15)<sup>19</sup>.

---

<sup>15</sup> Del mismo modo que el cuerpo es uno y tiene muchas partes y todas ellas, aun siendo muchas, forman un solo cuerpo, así también Cristo. Todos nosotros, ya seamos judíos o griegos, esclavos o libres, hemos sido bautizados en un mismo Espíritu para formar un único cuerpo. Y a todos se nos ha dado beber del único Espíritu (1Cor 12,12ss).

<sup>16</sup> “El que guarda su palabra, ese ama perfectamente a Dios. Ved en qué conoceremos que estamos en Jesucristo; el que ama a su hermano permanece en la luz y no hay en él causa de tropiezo.” (1Jn 2,5.10).

<sup>17</sup> “Así pues, ya no sois extranjeros ni huéspedes, sino conciudadanos del pueblo de los santos: sois la familia de Dios” (Ef 2,19).

<sup>18</sup> “En lo referente al amor fraternal, no necesitáis que os escriba, ya que Dios mismo os enseñó a amaros unos a otros” (1Tes 4,9).

<sup>19</sup> “Os he dado ejemplo, para que hagáis lo mismo que yo he hecho” (Jn 13,15).

El amor fraterno es el mismo amor que tenemos por Jesús. Al pertenecer a Cristo como Cabeza del Cuerpo, nos pertenecemos mutuamente en Él como miembros y hermanos. **El amor de Jesús en toda su amplitud debería ser la gran razón y el permanente empeño de la comunidad.**

- En la oración personal no podemos por menos de orar por los hermanos y hermanas de nuestra comunidad. Así recuperamos la verdadera identidad de cada uno en Jesús. Sentiremos cómo nos pertenecemos mutuamente y cómo les debemos fidelidad y amor.
- En el vivir cotidiano los acogemos como el Señor nos acoge, haciéndose servidor.
- En la corrección fraterna deseamos recuperar al hermano o hermana para el Señor. Siempre con respeto y con libertad, buscamos ejercitar la caridad en la verdadera manera crecemos juntos en la verdadera pertenencia vocacional.

### **La misericordia**

La misericordia configura nuestro corazón y el de nuestros hermanos y hermanas a semejanza del *buen samaritano*. La misericordia de Dios se ha manifestado en Jesús, de este modo el amor de Jesús va transformando nuestro corazón. En la proximidad misericordiosa a los niños y jóvenes a los ancianos a los excluidos y a los pobres y a los migrantes se manifiesta y acrecienta nuestro amor al Señor.

Si tuviéramos centrado el corazón en el amor a Jesús, viviríamos con mayor solicitud y pasión la dedicación a los que sufren y la solidaridad con los pobres. La contemplación nos ayuda a ver en ellos el rostro de Dios. **La proximidad samaritana es la primera forma de la misericordia. Alejarse y dar rodeos es el gran pecado de quien convierte la vocación en privilegio privado. Salir, acercarse, compartir, convocar son tareas misericordiosas en las que vivimos y manifestamos el amor de Jesús.**

Siguiendo a Jesús, perteneciéndole sólo a él, crecemos en comprensión y misericordia. Sin renunciar a la verdad, asumimos con mayor sabiduría la condición humana. Como Jesús, y con Jesús, buscaremos la liberación, denunciando el mal y amando al hermano que lo padece. La misericordia es proximidad solidaria, Nadie puede sernos extraño. En la común paternidad de Dios todos nos pertenecemos en un mundo y en una historia compartidas. Ojalá nunca deje de resonar en nuestro corazón la palabra del Señor Dios: **“¿Dónde está tu hermano?”** (Gn 4,9).

Un autor del siglo II afirma que **“buena es la limosna como penitencia del pecado; el ayuno vale más que la limosna, pero el amor lo supera todo”**. San Agustín se pregunta: **“¿cómo es nuestro amor a Cristo que a veces tememos su presencia?”**

¿Lo amamos de veras o no será que amamos más nuestras pequeñas cosas, ésas que nos solicitan a menudo?

Para vencer en el esfuerzo cotidiano los consagrados (vida religiosa, sociedades de vida apostólica y, al menos parcialmente, algunos institutos seculares, tenemos una fuente de energía que nos sostiene en la lucha. Tenemos la gran suerte de **vivir en comunidad...** Seguimos al Señor en compañía de hermanos y hermanas. Su amor nos ha congregado y a pesar de las caídas nos sentimos sostenidos por la ayuda que nos brindan quienes caminan a nuestro lado. Más aún, muchas de nuestras heridas sólo pueden curarse con el bálsamo comunitario.

Quienes formamos la vida consagrada en la diócesis de Tánger sabemos por experiencia que la vida fraterna en comunidad, no puede tener como horizonte estar formada por gente perfecta; nuestras comunidades están, de hecho, constituidas por personas muy diferentes; cada uno de nosotros somos portadores de una mezcla de bien y mal, de tinieblas y luz, de amor y egoísmo. Ahora bien, **cuando se asume como un reto evangélico**, la vida fraterna en comunidad es la tierra abonada en la que cada uno podemos crecer sin miedo hacia la plenitud del amor que es Dios.

Lo sabemos bien, no existe la comunidad ideal. Cada una está formada por miembros concretos con sus fortalezas y debilidades, con sus historias personales, con sus miedos y esperanzas... Los consagrados estamos convocados vocacionalmente a construir fraternidad, a trabajar por aceptarnos mutuamente como hermanos que hacemos la opción de alimentar cotidianamente nuestra vida con el pan del perdón compartido.

No nos engañemos, la vida fraterna en comunidad no está hecha de grandes acontecimientos; se construye a base de pequeños gestos, servicios y renunciaciones personales que son señales no verbales de un **"te quiero y estoy contento de estar a tu lado"**. La vida comunitaria conlleva la ascesis de saber dejar el primer puesto al otro, no tratar de demostrar por encima de todo que se tiene la razón, tomar sobre sí las cargas pesadas para aliviar a los hermanos y hermanas...

Para vivir fiel cada día al don y tarea de la comunidad es necesario alimentarnos cada mañana del **maná**. El maná de los israelitas en el desierto era un pan insípido, pero mantuvo la vida del pueblo durante su largo peregrinar por el desierto. También el maná que sustenta cada día a los miembros de la comunidad es un alimento corriente y casi sin gusto. Es el maná de la fidelidad a la Alianza (expresada por el proyecto de vida aceptado por todos), a las responsabilidades y a las pequeñas cosas y tareas de cada día; es el maná de los reencuentros fraternos, de la palabra amable, de las sonrisas que hablan de amor fraterno y vuelven a dar calor y color al corazón...

En el seno de una comunidad el alimento esencial es la fidelidad a las delicadezas de cada día, el esfuerzo para amar y perdonar al hermano o hermana que me ha hecho daño; la acogida y la aceptación de las estructuras que nos hemos dado a nosotros mismos... La vida fraterna en comunidad se construye en la aceptación serenamente gozosa de una vida sencilla y sin heroísmos; en el esfuerzo

por orientar constantemente los proyectos personales hacia el bien de toda la comunidad, muriendo voluntariamente a proyectos que sirven sólo para el prestigio personal.

Esta fidelidad no es fundamentalmente una tarea voluntarista ni un proyecto que debe salir adelante por puro esfuerzo personal. Tiene en cuenta una profunda convicción que anida en lo más íntimo de nuestra vocación de consagrados y consagradas: **Es Jesús quien nos ha invitado a entrar en alianza con Él y con los hermanos y hermanas. Si Él nos ha elegido y nos ha llamado, no dejará de brindarnos su ayuda en las pequeñas cosas de cada día. El Señor es quien se encuentra en el origen, centro y meta de la vida fraterna en comunidad, y no dejará nunca de acompañar a los que ponemos en él nuestra confianza.**